

que el fondo asturiano (paisaje, catedral, casino, política, etc.) en segundo lugar.

Hasta aquí puede trazarse el contacto naturalista de la época pero ¿y el resto? El resto es... la envoltura, la prosa realista de pura cepa asturiana; prosa hecha de risas y lágrimas, tan moderna, tan espontánea. Todo «Clarín», sus Paliques, su gran cultura, sus preocupaciones religiosas, su sedimento filosófico se refleja en esta novela, burla burlando, con tal desenvoltura que la hace entretenida para el lector vulgar y para el erudito. Lo mismo que se predicó de Miguel de Cervantes cuando componía libros de burlas.

PEDRO PENZOL

VARIANTES DE UNA POESÍA DE UNAMUNO

Ha venido a nuestras manos una hoja suelta (págs. 29 y 30) de un número de la revista *Lucidarium*, que no hemos podido localizar ni fechar exactamente. En ella se incluye, como puede verse en el facsímil que acompaña a esta nota, una poesía de D. Miguel de Unamuno, que titula «¿El último canto?».

Cuando D. Miguel publica en 1924 su *Teresa* introduce este poema, sin titularlo, en la «Presentación» que antecede a las rimas de Rafael. Según puede comprobar el lector, cotejando la versión de *Lucidarium* con la del libro, hay importantes variantes.

Indudablemente el texto que publicamos es anterior al impreso en 1924. Aunque desconocemos la fecha de *Lucidarium*, lo amarillento del papel y particularidades ortográficas como la de aparecer siempre acentuada la preposición *a* conforme a las antiguas normas, hacen pensar que este estado del poema debe de ser el

¿El último canto?

Te he sentido pasar; escalofrío
me metieron tus alas hasta adentro
del tuétano, y vacío,
ya no encuentro

- 5 para encarnar mi anhelo ideas nuevas;
no engendro hijos con vida;
mis esfuerzos me dan tan sólo pruebas
de que mi antigua fuerza es ya perdida.

Dejé de hacerme padre y el conato
10 en lágrimas se queda;
me tronza el arrebató
y vuelve como esclavo el pensamiento
siempre la misma rueda;
besos no más, aire que lleva el viento!

- 15 La edad viril devuélveme, Dios mío;
sobre mi frente pon tu mano amiga,
relléname el vacío;
lo que tanto callé deja que diga...

Mas ya no sé lo que callaba tanto
20 ¡y esta mi queja es ya mi último canto!
Es nube mi quimera,
cuando quiero cogerla se deshace;
lo que quise decir, si yo pudiera
volverlo á recordar... ¡es imposible!

- 25 Sólo una vez para morir se nace,
y tras vivir en anhelar inquieto
sin un punto de calma,
á las veces se muere, ¡es lo terrible!
llevándose á la tierra aquel secreto

30 que era el alma del alma
Mi mañana de ayer buscando en vano

- acometo con furia; mi combate
contra las sombras es; rindo á la mano
sin lograr mi desquite
- 35 y el arrojó se abate
al sentir que en la niebla se derrite.
Del árbol ya pelado en débil rama
tiembla la última hoja;
mira al montón de hermanas ya amarillas:
- 40 que por el sucio suelo desparrama
el viento, del que espera le recoja
y la lleve á servir como mantillo
á las mieses que luego en ricas cillas
¡serán del labrador sostén y brillo!
- 45 Sin decir mi palabra
mira, Señor, que se me va la vida:
mas antes que sucumba
dentro mi corazón la muerte labra
del silencio la tumba
- 50 donde todo se olvida.
No me olvides, Señor; deja que cante
para Tí, nada más, de Tí delante
lo que tanto callé, lo que escondiste
tan dentro mío que no lo encontraba.
- 55 tus palabras, Señor, las que pusiste
como huesos á mi alma, que con ellas
en pie se sustentaba
mirando las estrellas.
Que mi cuerda cordial en estallido
- 60 se quiebra al dar tu nombre,
ese nombre inefable que aterido
de misterio Jacob pedía en vano,
vida y muerte del hombre
y el único consuelo soberano;
- 65 que en tu nombre repose
y que puedan decir cuando me muera
no más que en un decir ¡jesús ¡murióse!

MIGUEL DE UNAMUNO.

primitivo y que vio la luz coetáneamente a su composición. Sobre la cual, en efecto, el mismo Unamuno, en la citada «Presentación» a *Teresa*, explica el cuándo y el cómo:

«...recuerdo una tarde de íntima congoja que pasé hace unos diez años, en 1913, yendo de Béjar a Salamanca, a la hora en que el sol, fatigado, se arrojaba en nubes sobre la sierra de Francia. Tenía yo entonces cuarenta y nueve años y me asaltó el pensamiento de que se me agotaba la virilidad espiritual y que la vena de la poesía se me acababa. Y entonces escribí en mi cuadernillo íntimo estos versos, que se me antojó serían mi último canto» (pág. 25).

Y a seguida, pone el poema, que transcribimos para mayor facilidad en su confrontación con el texto primitivo:

Te he sentido pasar: escalofrío
metieronme tus alas hasta dentro
del tuétano y vacío...
¿Qué decirme querías? Ya no encuentro
5 para encarnar mi anhelo idea alguna;
recordar esperanzas
me queda nada más en esta vida,
y entre tantas mudanzas
prepararme al final de la partida.
.....
10 Dejé de hacerme padre y el conato
en lágrimas se queda;
me tronza el arrebató
y vuelve, como esclavo, el pensamiento
siempre la misma rueda;
15 besos no más, aire que lleva el viento.

Del árbol ya pelado, en frágil rama,
tiembla la última hoja;
mira al montón de hermanas, ya amarillas,
que por el sucio suelo desparrama
20 el viento, del que espera la recoja

y la lleve, a servir como mantillo,
a las mieses que luego en ricas cillas
serán del labrador sustento y brillo.

La edad viril devuélveme, Dios mío;
25 sobre mi frente pon tu mano amiga:
relléname el vacío;
lo que tanto callé deja que diga;
mas yo no sé lo que callaba tanto
y esta mi queja es ya mi último canto.

30 Es nube mi quimera;
cuando quiero cojerla se deshace;
lo que quise decir ¡si yo pudiera
volverlo a recordar...! ¡Es imposible!
Sólo una vez para morir se nace
35 y tras vivir en anhelar inquieto,
sin un punto de calma,
a las veces se muere, ¡es bien terrible!,
llevándose a la tumba aquel secreto
que era el alma del alma.

40 Sin decir mi palabra,
mira, Señor, que se me va la vida,
mas antes que sucumba
dentro mi corazón la Muerte labra
del silencio la tumba
45 donde todo se olvida.

No me olvides Señor; deja que cante
para Tí nada más, de Tí delante,
lo que tanto callé, lo que escondiste
tan dentro mío que no lo encontraba,
50 tus palabras, Señor, las que pusiste
como huesos a mi alma, que con ellas
en pie se sustentaba
mirando a las estrellas...
Que mi cuerda cordial en estallido
55 se quiebre al dar tu nombre,

ese nombre inefable que aterido
de misterio, Jacob pedía en vano,
vida y muerte del hombre,
remedio a la quimera
60 y el único consuelo soberano:
que en tu nombre repose
y que puedan decir cuando me muera:
«¡no más que en un decir *¡Jesús!* murióse!»

Prescindiendo de erratas como *quiebra* por *quiebre* en el verso 60 (55 de la versión de *Teresa*), y de probables omisiones como la del verso *remedio a la quimera* entre los 63 y 64 del texto primitivo, hay variantes curiosas. Unas se refieren a la estructura del poema, las cuales demuestran que Unamuno, después de la ráfaga creadora, volvía sobre sus poesías dándoles una ordenación más lógica. Así, los versos 37-44 del primer estado han pasado en la versión definitiva a intercalarse entre los 14 y 15. Con esta modificación, estos versos se encadenan, por su intención, con los del principio, que son también de exposición descriptiva del hecho poético. A la vez, suprimidos los versos 31-36 primitivos, quedan en íntimo contacto los versos 30 y 45, que enlazan lógicamente: el «secreto que era el alma del alma» es «mi palabra», las palabras que el Señor puso «como huesos a mi alma». De esta manera, la parte imprecativa del poema (desde el verso 15 primitivo: *La edad viril devuélveme, Dios mio*) no queda interrumpida. La estructura del poema resulta ahora más clara, y es más eficaz su apelación; las dos partes, una introductoria y expositiva, y otra de interpelación a Dios, se coordinan y no se entremezclan. La supresión de los primitivos versos 31-36 es muy oportuna, pues no presentan gran ilación con el ritmo poético interno de los precedentes y siguientes.

Aparte de la más cuidada puntuación en *Teresa* que en *Lucidarium* (cuyas imperfecciones pueden acaso achacarse a los editores), hay otras variantes que son simples sustituciones de palabras. En el verso 5 del texto definitivo aparece *idea alguna* en lugar de *ideas*

nuevas. No se debe a necesidades de rima—el verso queda blanco—sino a intensificación de la expresión. Análogo motivo es visible en el verso 37 del texto de *Teresa*: «jes *bien* terrible!» en lugar del primitivo «es *lo* terrible», y quizá igualmente en el verso 38 *tumba* por el primitivo *tierra*. En un caso, si no es errata en la edición de *Teresa*, parece preferible la versión primera: «mas *ya* no sé lo que callaba tanto» (verso 19 de *Lucidarium*) frente a *yo* por *ya* en *Teresa*.

Seguramente el querer reforzar y precisar más hizo ampliar el verso 4, que de heptasílabo pasó a endecasílabo, agregándole: «¿Qué decirme querías?» Cambio de más monta, que elimina bastante prosaísmo y a la vez introduce un motivo muy unamunescos (el recuerdo de las esperanzas), aparece con la sustitución de los versos 6-8 de *Lucidarium* por los 6-9 del último texto, sin duda superiores.

La sustitución en el verso 44 primitivo de *sostén* por *sustento*, es interesante; parece indicar que Unamuno tendió a materializar más la expresión huyendo de lo abstracto.

Finalmente, motivos rítmicos y acaso un voluntario arcaísmo de tono bíblico produjeron la leve variación del verso 2: *metieronme* por *me metieron*.

En conclusión, no carece de interés el señalar estas variantes, pues apuntan a modos de la inspiración y la técnica poéticas de don Miguel. El cotejo de las dos versiones indica que un Unamuno crítico venía tras el D. Miguel poético sacudido en «íntima congoja»; que pesaba y medía también los vocablos y las letras; que no dejaba volar a sus «hijos del alma» sin someterlos al mes-ter literario.